Estatuas-menhir y estelas antropomorfas en Extremadura

I.—INTRODUCCION.

Con el descubrimiento de las estelas antropomorfas de Hernán Pérez (Cáceres) (M. Almagro, 1972) se planteaba a la Prehistoria peninsular una nueva problemática interpretativa que M. Almagro resolvió hablando de ídolos-estela por el evidente paralelismo que mostraban con manifestaciones de arte mueble.

Esta denominación ha venido manteniéndose a través de los estudios de Almagro Gorbea (M. Almagro Gorbea, 1977) y Jordá (F. Jordá, 1978) en relación con fechas tardías dentro de la Edad del Bronce.

El estudio que hemos llevado a cabo (P. Bueno, 1979 a), ha permitido demostrar las relaciones de este tipo de manifestaciones con otras semejantes en la Península Ibérica y en todo el occidente europeo. Nos referimos a las estatuas-menhir y estelas antropomorfas que caracterizan el «Arte antropomorfo megalítico» europeo durante los últimos siglos del III milenio y el II milenio.

La investigación española no había considerado la existencia de estas expresiones en la Península Ibérica, si bien autores como V. de los Santos Jener (V. Santos Jener, 1939) reconoce la similitud de las placas peninsulares con las estatuas-menhir francesas.

Nuestra intención en las páginas que siguen es dar a conocer parte del panorama figurativo que en la Península Ibérica representan las estatuas-menhir y estelas antropomorfas. Expondremos concretamente los materiales extremeños.

II.—ANÁLISIS DESCRIPTIVO.

Hernán Pérez. (Láms. I y II).

Se trata de siete piezas muy representativas cuyo lugar de hallazgo y detallada descripción encontraremos en la publicación que de ellas hiciera M. Almagro en 1972, a la cual ya nos hemos referido. Nosotros nos hemos ocupado de ellas recientemente (P. Bueno, 1979 b) habiéndolas estudiado en el Museo Arqueológico Nacional donde hoy se encuentran.

Algunas —H.P.III, H.P.IV, H.P.V y HP.VI— se hallaron agrupadas señalando lo que hubiera podido ser una necrópolis de cistas; el resto, forman parte de hallazgos sueltos en la misma zona.

Realizadas sobre materiales diversos documentan el uso de una u otra materia prima en razón a su asequibilidad. Algo similar puede decirse respecto a la forma que difiere en todo si bien tiende a la conformación para circular en el sector superior y al apuntamiento del sector inferior. El grabado es en todas fino y profundo, ejecutado con un instrumento metálico.

Es general la presencia del tocado radial, muy perdido en las piezas IV, V, I y II. También común es la figuración de ojos y nariz, aunque la boca no aparece en H.P.I y H.P.II, no pudiendo asegurar su existencia en H.P.III y H.P.VII, por su pésimo estado de conservación.

Los collares, en mayor o menor número —dos en H.P.V, H.P.III y H.P.II y tres en las restantes— al igual que los puntos dispersos se documentan en todas las piezas.

Brazos y manos aparecen representados de modo muy esquemático, tratamiento reiterado en todas las figuraciones que analizaremos.

Quizá el elemento que aporte una mayor significación a estas estelas como conjunto es la presencia en todas ellas de un cinturón que atraviesa horizontalmente toda la pieza, cuerpo de la representación, ya figurado por una línea —H.P.IV— ya por dos entre las que se intercala una fila de clavos —H.P.II, H.P.III, H.P.V y H.P.VII—.

Un objeto hasta ahora ignorado viene a aportar nuevos datos para la comprensión de estas manifestaciones dentro de un con-

texto cronológico y cultural. Nos referimos a la alabarda que porta bajo su cinturón la pieza de H.P.VI, (Fig. 1) figurada con el altorrelieve común a las panoplias alentejanas. Se nos objetará por ello la posibilidad de una reutilización pero la alabarda se ha realizado en posición vertical —posición ajena a la común en las panoplias mencionadas— y a la derecha del personaje como aparece en la laja de Tabuyo del Monte o en la de Longroiva. En este sentido ha de tenerse en cuenta la utilización de la misma técnica junto con el grabado, en el pomo de la espada que porta la recientemente descubierta estatua-menhir de Valdefuentes de Sanguin (Salamanca) (M. Santoja Gómez y M. Santoja Alonso, 1980).

Se trata de una alabarda de hoja triangular enmangada. Su conformación hace que la adscribamos al tipo que Schurbart denomina «Carrapatas» (H. Schubart, 1973). Su existencia está documentada en Bronce Antiguo aunque no hemos de descartar perduraciones en Bronce Medio, pese a no disponer de ningún testimonio arqueológico que nos confirme. Ello nos lleva a fechar el conjunto de Hernán Pérez, tan unido en lo formal, en un período del Bronce Antiguo o, a lo sumo, en una fase temprana de Bronce Medio. La ausencia de boca en las piezas H.P.I y H.P.II nos remonta a las lajas portuguesas y, por tanto, hacia el Bronce Antiguo.

Robledillo de Gata. (Fig. 2).

Dimensiones: 80 centímetros de altura; 35 centímetros de anchura y 73 centímetros de perímetro.

Materia: Pizarra oscura compacta.

Lugar del hallazgo: Paraje de «El Bardal» sobre la carretera Ciudad Rodrigo-Martiago-Robledillo de Gata.

Localización actual: Museo Arqueológico Provincial de Cáceres.

La noticia de su aparición se dio en el diario «Extremadura», de Cáceres, el 27 de noviembre de 1973 y la pieza fue estudiada por M. C. Sevillano San José en 1974 (Sevillano San José, 1974). Hoy puede admirarse en el Museo Arqueológico Provincial de Cáceres.

Realizado en pizarra oscura muy compacta se destaca un grabado, no muy profundo pero relativamente ancho —un centímetro— conseguida a base de cincel y percutor, en algunos lugares imper-

fecto como hemos podido constatar, tras la dificultosa toma de calcos por el mal estado de la pieza.

La laja tiene un aspecto ovoide, más marcado en la zona de la cabeza, denotando un acusado paralelismo con la pieza de Ciudad Rodrigo II.

Se compone el tocado de dos temas decorativos: uno, el más exterior a base de puntos —22— y otro, que incluye dos franjas semicirculares rellenas de cortas líneas paralelas conformando motivos rectangulares.

Los tres segmentos de círculo del tocado se continúan bajo la cara en sendos collares, de los que el interior parece interrumpido en su zona central.

Enmarcada en la suma paraovoidal de los dos elementos descritos —tocado y collares— queda la cara, en la que se distinguen dos ojos junto a una nariz relativamente larga —5 centímetros— y recta; bajo ella, la boca muy ancha y sin mueca alguna.

Del collar más exterior surgen dos líneas curva —una a la izquierda, otra a la derecha— formando los brazos de la representación, que al final se ramifican en cinco dedos de aspecto estrellado.

Pese a mantener un estrecho paralelismo con las piezas de Hernán Pérez y las de Ciudad Rodrigo, ésta no porta cinturón. No obstante, el paralelismo formal con las piezas mencionadas y la proximidad geográfica nos inclina a fecharla en época similar a la propuesta para aquéllas.

Granja de Toniñuelo (Fig. 3, Lám. II).

Dimensiones: 1,38 metros de altura; 0,62 metros de anchura; 0,42 a 0,32 metros de grueso.

Materia: Granito.

Lugar del hallazgo: Finca de la Graja de Toniñuelo, Jerez de los Caballeros, Badajoz.

Localización actual: Museo Arqueológico Nacional.

Esta pieza fue descubierta por G. y V. Leisner en 1934 en la finca del mismo nombre cercana a Jerez de los Caballeros y junto al río Ardilla. Hoy se encuentra en el Museo Arqueológico Nacional por donación de D. Ramón Peche y Valle.

Trátase de una laja granítica de altura considerable —1,38 metros— si la comparamos con el resto de los materiales analizados.

Exceptuando la rotura del ángulo superior izquierdo, su estado de conservación es muy satisfactorio, lo que nos hace aseverar que la altura actual debió ser la original.

La utilización del granito como materia prima habla en favor de la habilidad de los artífices, no sólo como grabadores sino también como expertos en el arte de la extracción y preparación de rocas duras.

La porosidad de esta roca, al llevar una proporción considerable de sílice en los feldespatos que la componen (ortosa, microlina y plagioclasas) y la acción erosiva de los elementos climáticos hacen difícil su estudio sobre todo en el sector inferior.

Esta diferencia de visibilidad en el grabado y la existencia de un cinturón que viene a coincidir con la mitad de la pieza nos han llevado a dividirla en dos zonas para proceder a su detallada descripción.

Observamos en la mitad superior la representación de un ser antropomorfo en el que pueden distinguirse un tocado o diadema, la cara y los brazos terminados en unas manos bastante esquemáticas.

El tocado se compone de tres segmentos de círculo que rodean la cara del personaje, cuyos espacios intermedios se han decorado con un motivo de líneas equidistantes al exterior, mientras que en el interior aparecen unos puntos, entre lo que —y más claramente en la mitad izquierda— se distinguen unas rayas, quizás pretendiendo dar cuerpo a un motivo en zig-zag, que nos evoca al utilizado con el mismo papel en el Peñatu de Vidiago y, sobre todo a las decoraciones de las placas peninsulares. En la mitad derecha de este semicírculo interior es difícil asegurar la existencia de dichas líneas, si bien son perfectamente visibles los puntos en un total de catorce —o quince si contamos con la posibilidad factible de la existencia de un punto donde a este semicírculo le afecta la rotura del ángulo superior izquierdo—. Idéntico sistema decorativo aparece en el tocado de la pieza de Robledillo de Gata, pero a la inversa.

De los tres semicírculos del tocado surgen otros tantos, más

uno que los abarca. Estos no son totalmente perfectos en el grabado pues aparecen bien diferentes a la derecha y a la izquierda del espectador, error que se ve continuado en el arranque de los brazos: el derecho surge del último semicírculo del tocado y no así el izquierdo.

Señalaremos que entre la cara y el collar no hay ningún espacio indicativo del cuello, aunque no ha de ignorarse la breve inflexión que ha hecho en aquella zona el cincel consiguiendo cierta impresión óptica de adelgazamiento que subraya la diferencia entre la cara y el resto del busto.

En el rostro, de conformación ovalada, se distinguen dos puntos de un grabado más profundo que el de los del adorno del tocado, figurando los ojos del personaje. Una línea parangonable a la pintada en el Peñatu, es decir, alargada, recta —aunque algo inclinada a la derecha como la representación en general— y no demasiado ancha, indica la nariz.

La boca puede apreciarse mediante una detenida observación. Trátase de una sencilla línea de grabado más tenue que el de los elementos descritos.

Como ya dijimos antes, los brazos surgen, el uno del último semicírculo del tocado y el otro —izquierdo— de algo más arriba. Acaban en cinco líneas, estilización de los dedos de la mano humana que no dejan de tener cierto aspecto animalesco, quizá sólo debido a su sucinta interpretación.

El cinturón, del tipo de los que portan algunas de las piezas de Hernán Pérez, con doble línea de clavos de punta redonda y ocho centímetros de ancho, separa el busto ya descrito de la parte inferior de la estela. Anotemos que dicho cinturón recorre todo el ancho de la laja (0,62 metros) constituyendo la piedra el cuerpo de la representación.

En la parte inferior observamos, a la izquierda, el grabado de una línea que se continúa en un pequeño círculo, para A. Soutou un espejo (Soutou, 1967), pero del que parte otra línea hasta conformar una especie de pie del mismo aspecto que las manos antes comentadas.

A la derecha existen trazos idénticos en los que no distingui-

mos el círculo reseñado en el sector opuesto, aunque sí la línea y los pies que aquí aparecen más claros.

Finalmente señalaremos que en el sector derecho se aprecian una serie de zig-zags formados por rayas y puntos, motivo documentado igualmente en la mitad superior derecha, indicando el manto del personaje.

Por sus evidentes paralelismos con las piezas de Hernán Pérez, a las que hemos fechado en Bronce Antiguo, principios de Bronce Medio, ubicamos esta pieza en un período semejante.

Riomalo (Lám. II.)

Dimensiones: 39 centímetros de altura; 26 centímetros de anchura y de 10 a 6 centímetros de grueso.

Materia: Granwaka de color pardo.

Lugar del hallazgo: Proximidades de Robledillo de Gata, Cáceres.

Localización actual: Particular.

Se halló esta pieza en la cerca de una finca próxima al pueblo de Riomalo. Actualmente se encuentra en poder de un pariente de D. E. Cuadrado, quien la publicó en 1974 (Cuadrado 1974).

La representación se ha efectuado sobre una piedra de molino de una especie de granito oscuro denominado granwaka. Su estado de conservación no es muy satisfactorio pues la parte izquierda de la pieza prácticamente ha desaparecido, si bien aún puede observarse la terminación del collar, el brazo y los dedos de este lado. Igualmente están muy destruidos el tercio inferior y la cara posterior donde se molería el grano, testimoniando la anterioridad del uso como molino de mano.

El grabado es fino y delgado. Destacaremos en esta pieza los detalles y adornos de que hace ostentación en contraposición al esquematismo y parquedad reinantes en las analizadas. Todo ello aboga en favor de su calidad técnica.

En el tercio superior de la pieza aparece el tocado conformado a raíz de la superposición de tres arcos de círculo algo alargados repitiendo la forma absidada de la piedra en este sector. Su adorno

consiste en cortas líneas paralelas de las que resultan visibles 10 en el semicírculo interior y 6 —dificilmente 7— en el exterior. La última línea de este ornamento cierra el tocado horizontalmente. Suponemos la existencia del mismo motivo en el sector izquierdo.

Una especie de arco del que pende un colgante tubular al que dan cuerpo dos líneas paralelas que se cierran y ofrecen al interior una decoración semejante a la del tocado, separa éste del collar mediante una línea recta que parece engarzar los tres hilos que lo componen.

Este aro pudiera constituir un simple adorno del manto, un modo de recogerlo o, quizá, un ornamento del personaje e, incluso, el broche para engarzar el collar. Sea lo que fuere nada podemos asegurar pues no poseemos ninguna referencia material al respecto.

Los elementos descritos —tocado, adorno circular y collar— delimitan ópticamente la cara del personaje que repite el mismo esquema formal de la piedra o soporte. Se distinguen en su interior dos profundos orificios —los ojos— sobre los que se dibujan unas cejas, inclinadas en el sentido del alargamiento de la piedra imprimiendo cierta expresividad a la figuración. La nariz, grabada tenuemente entre los ojos es del tipo alargado y recto ya constatado en otras manifestaciones de este género. Bajo ésta aparece la boca efectuada con una fina incisión; diríase entreabierta, nuevo dato pues en favor de la expresividad del personaje.

El brazo situado en el sector derecho es perfectamente visible y surge a mitad del adorno tubular terminado en cinco esquemáticos y nada diferenciados dedos. En el sector izquierdo sólo restan los trazos de los dedos.

En el extremo derecho de la pieza y tras el tocado se observa un motivo de zig-zag, al igual que la pieza de Ciudad Rodrigo II o en la de Granja de Toniñuelo, indicándonos el manto del personaje que acabaría en la línea que lo atraviesa horizontalmente, a media pierna. Bajo el borde del manto así representado surgen dos esquemáticas piernas cuyo final no se alcanza más que tenuemente en el sector derecho, debido al estado incompleto de la pieza.

Cronológicamente hemos de ponerla en relación con las piezas de Hernán Pérez, Robledillo de Gata, Granja de Toniñuelo, etc.

III.—PARALELOS Y CRONOLOGIA.

Constituyen las estelas antropomorfas extremeñas un grupo figurativo muy coherente dentro del conjunto de las estatuas-menhir y estelas antropomorfas de la Península Ibérica.

Formalmente han de relacionarse con las cercanas piezas de Ciudad Rodrigo, ambas con tocado, collares y brazos e, inclusive la de Ciudad Rodrigo II (P. Bueno, 1979.) con cinturón.

Más cercana aún se presenta la estela de Los Santos, formalmente muy semejante a la de Robledillo de Gata y con el interés de que porta una alabarda como la de la pieza de Hernán Pérez VI. La estela de Los Santos se encontró en la provincia de Salamanca y pronto procederemos a su publicación. Junto con las estelas extremeñas que acabamos de describir, delimitan una zona con pasos naturales que debió tener intensos contactos culturales. Señalaremos igualmente que esta zona del Norte de Cáceres y Sur de Salamanca es rica en minas.

Muy cercanos son también los paralelos portugueses como los de Serra Boulhosa y Quinta do Counquinho o, más exactamente la pieza de Crato, decorada con tocado y collares. Otras representaciones a tener en cuenta serían las de Moncorvo, tan relacionada con la española de Asquerosa (Granada) y la de Nossa Senhora de la Esperança (I. Leite de Vasconcellos, 1910; H. Breuil, 1917). Todas ellas presentan un mismo esquema facial con ausencia de la boca, al igual que las piezas de Hernán Pérez I y II, un tocado—decorado o no— y collares. Estos mismos atributos aparecen en la representación pintada y grabada del Peñatu de Vidiago y en la laja de Tabuyo del Monte.

Es en esta última, acompañada de armas al igual que el Peñatu, donde documentamos una alabarda de hoja triangular con fuerte nervio central y dos remaches que relacionamos con la que porta bajo su cinturón la pieza de Hernán Pérez VI. Como decíamos antes, se trata de una alabarda tipo Carrapatas, por tanto de procedencia argárica. En la pieza que describimos esta alabarda se halla acompañada de un puñal campaniforme que habría que explicar en relación con los campaniformes tardíos de la Meseta y el grupo Montelavar. Esta asociación alabarda argárica-puñal

campaniforme, confirma por un lado la fecha de la pieza, hacia 1800 a.J.C. y, por otro, la existencia de relaciones entre el mundo argárico y las gentes campaniformes en fechas tempranas, señalando a través de la Meseta el camino de éstas hacia el Norte de la Península, hecho que explicaría la unión de los elementos de uno y otro tipo en el depósito de Roufeiro.

La misma asociación, alabarda argárica-puñal campaniforme aparece en la estela de Longroiva (Guarda, Portugal), reiterando esta confluencia cultural igualmente documentada en el puñal que acompaña la representación del Peñatu de Vidiago y que ya estudiamos en otro lugar (P. Bueno y Fernández-Miranda 1980).

Constatamos, pues, en todas estas manifestaciones la existencia de un panorama figurativo anterior a las estelas decoradas del Suroeste y que hemos de poner en estrecha relación con las estatuas-menhir y estelas antropomorfas de todo el occidente europeo.

El origen de estas figuraciones debe buscarse en los ídolos megalíticos peninsulares. Los primeros tipos se adscriben más literalmente a la representación del ídolo megalítico, así las lajas portuguesas o la estela de Villar del Ala (Soria). Todas ellas tienen abundantes paralelos iconográficos en el Sur de Francia, fechados en época Calcolítica.

Progresivamente, el ídolo megalítico va tomando nuevos atributos en relación con una mayor antropomorfización —brazos y manos y en algunos casos, como Granja de Toniñuelo o Riomalo, piernas y pies— y con una mayor importancia del metal —alabarda de Hernán Pérez VI—. De ello podemos inferir que los personajes enterrados utilizan estas representaciones para señalar sus tumbas, en tanto figuraciones idólicas remitidas a un personaje concreto, que quiere de este modo exponer su carácter de ser especial por alguna causa que hoy nos es desconocida pero que probablemente haya que relacionar con la posesión o manipulación del metal

Como hemos comentado arriba, el origen de este modo figurativo ha de ponerse en relación con los ídolos de arte mueble, grabados dolménicos y pintura rupestre de la época que nos ocupa. Todo este «arte megalítico» forma parte de un bagaje cultural

BIBLIOGRAFIA

M. Almagro Basch (1972): Los ídolos y la estela decorada de Hernán Pérez. (Cáceres) y el ídolo estela de Tabuyo del Monte (León). "Trabajos de Prehistoria" XXIX; pp. 88 y ss.

M. Almagro Gorbea (1977): El bronce final y el período orientalizante en Extremadura. "Biblioteca Praehistórica Hispana".

M. Beltrán Lloris (1973): Estudios de Arqueología cacereña. Zaragoza.

B. Blance (1971): Die Anfänge der Metallurgie auf der Iberischen Halbinsel "Studien zu den Anfängen der Metallurgie".

H. Breuil (1917): La roche peinte de Valdejunco. "Terra portuguesa" año II. núm. 13-14; pp. 17-26.

P. Bueno Ramírez (1979, a): Estatuas-menhir y estelas antropomorfas en la Península Ibérica (Tesis de Licenciatura leída en Junio de 1979 en la Universidad Complutense de Madrid).

P. Bueno Ramírez (1979, b): Las estelas antropomorfas de Hernán Pérez (Cáceres) "I Mesa redonda sobre a pré e a protohistoria do Sudoeste peninsular". Setúbal.

P. Bueno Ramírez (1979, c): Estelas antropomorfas en la Península Ibérica: Ciudad Rodrigo II. "VI Congreso de Estudios Extremeños" Trujillo-Mérida-Badajoz.

P. Bueno Ramírez, F. Fernández-Miranda (1979, d): El Peñatu de Vidiago, Llanes "Congreso Internacional de Arte Rupestre en conmemoración del Cementerio de Altamira.

E. Cuadrado (1974): El ídolo-estela de Riomalo. "Boletín Informativo de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, número 2; pp. 8-13.

F. Jordá, J.M. Blázquez (1978): Historia del Arte Hispánico I. La antigüedad, I. pp. 148-153.

G. Leisner (1935): La estela-menhir de la Granja de Toniñuelo. "Investigación y Progreso", vol. IX.

I. Leite de Vasconcelos (1910): Esculturas prehistóricas do Museo Etnológico Português. "O Archeologo Português", T.XV; pp. 31-38.

M. Santoja Gómez, M. Santoja Alonso (1978): La estatua-menhir de Valdefuentes de Sangusín (Salamanca). "Bol. Informativo de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología", núm. 10.

H. Schubart (1973): Las alabardas de tipo Montejícar. "Estudios dedicados al Prof. D. Luis Pericot". Barcelona; pp. 174 y ss.

M. C. Sevillano San José (1974): Un nuevo ídolo de la Edad del Bronce, aparecido en Robledillo de Gata (Cáceres). "Zephyrus", vol. XXV; pp. 145-150.

A. Soutou (1967): Stéles protohistoriques de la Peninsule Ibérique. "O.G.A.M." T.XIX, fasc. 3-4; pp. 189-196.

M. Varela Gomes, J. Pinho Monteiro (1977): Estelas decoradas do Pomar (Beja-Portugal). Estudio comparado. "Trabajos de Prehistoria", vol. XXXIV; pp. 188-192.